

LOS INFELICES SETENTA

san de manera más exagerada, más visible, que en otros países. En España, la revolución es aún menos posible que en otros países, porque la relación de fuerzas es enteramente adversa y porque la mentalización revolucionaria está totalmente desgastada. En España, la democracia está encontrando sus límites actuales: los que en otros países están disfrazados porque la derecha gobernante no necesita de tanta contención o no es tan desconfiada de formas libres de vida. En España, la Iglesia se está volviendo más dramáticamente en contra de las libertades individuales —divorcio, enseñanza, sexualidad en general—, porque el mensaje de Wojtyła encuentra aquí una organización y unas fuerzas montadas que consiguen lo que no puede conseguir ni siquiera en Italia. En España, las nuevas limitaciones de la democracia son más sensibles, porque es incipiente, porque el peso de lo antidemocrático está más infiltrado en los organismos de autoridad. Y en España, en fin, es más visible el retorno del fascismo, en razón de su propio número —no electoral, pero sí activista—, de las protecciones económicas, de la infiltración en los mecanismos de poder. Esta reaparición no es sólo un fenómeno español, sino europeo, y tiene una razón de ser: la reducción

de los revolucionarismos, la perplejidad de la izquierda, la pérdida paulatina de fe en la democracia, unidos a la situación profunda de crisis económica, al miedo de las clases medias —sobre todo, de las ascendidas—, el regreso de la lucha de clases son factores que han producido siempre los fascismos: aun antes de que se llamaran así, aun en países donde no se llaman así.

Todo esto es lo que configura la escasa felicidad de los años setenta. Unos años en

los que todo lo que sucedió de positivo se transformó inmediatamente en negativo.

¿Podemos hablar de ellos en pasado? Dentro del artificio del tiempo segmentado, sí. Pero la realidad es que la Historia es un continuum, un río que no cesa; no hay, por lo tanto, que confiar en la frontera del 31 de diciembre de 1979 para creer que todo ha terminado y que ahora empieza, de verdad, la década de los ochenta. Lo que sí se podría percibir, como fórmula de optimismo, es que el

examen de estas realidades ha llegado a un punto en el que difícilmente se puede perseverar en la insensibilidad, en la duda o en las contradicciones. Se necesitan urgentemente pensadores. Hacen falta, otra vez, gentes de doctrina. Es indudable que no se puede volver atrás, a tomar ejemplos de otros tiempos, de otras situaciones; la nuestra es genuina. A partir de aquí hay que tratar de hacer el tiempo a la medida y no dejarse llevar de él y de su arrastre. ■ E. H. T.

Comunicación

LA IRRUPCIÓN DE LAS MASAS

JUAN CUETO

A cuatro años vista de la célebre fecha utópica tramada por Orwell, el razonamiento dominante acerca del esquema y poderío de los *mass media* sigue siendo, con todas las excepciones que se quieran, tópicamente orwelliano: "Si la comunicación de masas no existe como tal a causa del inocultable control americano de la producción y circulación de los mensajes audiovisuales y si, en consecuencia, la tendencia fatal de los medios es la instauración de un Centro Emisor Único anulador de las di-

ferencias individuales y sociales, entonces vamos inexorablemente hacia el totalitarismo planetario".

Ahora bien: no vamos hacia el totalitarismo planetario. Por otra parte, no es rigurosamente cierto que los medios de comunicación sean necesariamente uniformadores, puesto que jamás las diferencias religiosas, étnicas, culturales, lingüísticas o folklóricas gozaron de mayor popularidad y difusión universal, como lo evidencia la popular serie Jomeini-ETA-Wojtyła-nacionalidades-cel-

tismo-Nueva Espiritualidad-lenguas y literaturas autóctonas. Además, resulta por lo menos discutible la hipótesis de que las masas destinatarias de la cultura industrializada sean ahora mismo más ignoras, sumisas e infelices que antes de la irrupción de los *media* en los escenarios sociales; entre otras razones, porque el consumo de mensajes informativos o narrativos no se reduce exclusivamente a lo audiovisual y de hecho existen en la vida cotidiana pluralidades de ofertas, diversas y hasta adversas, con

La revolución iraní, encabezada por Jomeini, marca un renacimiento del Islam. Yasser Arafat, líder de la OLP: en 1979 se inicia su reconocimiento por Occidente. Refugiados del Sudeste asiático: un drama colectivo. Castro y Tito, en la cumbre de no alineados de La Habana. En octubre de 1979, Hua Guo Feng viaja a Europa. Margaret Thatcher: la primera mujer jefe de Gobierno europea.





Pupitre de mando de un enlace radioeléctrico con la sonda solar germano-americana "Helios".

otra clase de soportes expresivos y que circulan libremente sin vehicular las ideologías propias de las mercancías **made in USA**. Luego no estamos condenados al Centro Emisor Unico.

La irreprimible tentación cuando se trata de analizar, o simplemente describir, los efectos sociales de los medios de comunicación, sea prospectiva o retrospectivamente, consiste en privilegiar hasta el delirio final una hipótesis sin fisuras —mesianica y apocalíptica en el caso del relato que se pretende de izquierdas; optimista y triunfal cuando habla el discurso contrario—, censurando en su vertiginoso recorrido hacia la catástrofe final o el **happy end** cualquier factor humano o científico que no se adapte con docilidad escolar al esquema comunicativo, como si fuera el caso de una elemental estructura de ficción. Y

suele ser el caso, concretamente en la literatura de rango progresista. Los fantasmas de Orwell, Huxley y Bradbury —quiero decir, de las novelas 1984, **Un mundo feliz** y **Fahrenheit 451**—, santísima trinidad del género, presiden con insistencia sospechosa las hipótesis primordiales de los publicistas seriamente preocupados por la "influencia alienante de los **mass media** a causa de sus condiciones de producción y de circulación"; estimable predilección novelera que no sólo demuestra el carácter eminentemente poético de la mayor parte de las premisas manejadas, sino la gran capacidad que, a pesar de todo lo dicho y lamentado sobre el imperialismo infame de lo audiovisual, todavía posee la vieja escritura imaginaria para generar potentes mitologías, y precisamente en las mentes menos expuestas al riesgo de la fabulación.

No se quemarán libros en el mundo feliz de 1984

Esa extraña y desagradable sensación de convencimiento iniciático y escepticismo final, de confortabilidad en las premisas y de incómodo en las inferencias que suscitan los análisis numerosos sobre la progresiva colonización ideológica de los medios, proviene, al menos en mi particular caso de lector de tales literaturas, del desajuste tremendo que se observa entre unas descripciones lúcidas y reveladoras de la manipulación —americana, naturalmente— de los centros de producción de la mayor parte de los mensajes audiovisuales, y las conclusiones milenaristas de las postrimerías: la inminencia del Centro Emisor Unico. Constató una desproporción "narrativa" entre el rigor con el que se estudian los mecanismos de control y condicionamiento de los **medios** y unos finales dominados por la **telepantalla** de Orwell, los **altavoces ubicuos** de Huxley y los **bomberos quemalibros** de Bradbury. No acaba de convencerme, en fin, ese salto mortal de unos trabajos de investigación rigurosa y pormenorizada —y tengo delante el último y espléndido estudio de Michèle y Armand Mattelart sobre el uso de los **media** en tiempos de crisis— a estrepitosos porvenires audiovisuales alegremente entresacados de la vieja ciencia-ficción de los años 30-40, ur-

didos sobre la prehistoria de lo audiovisual y referidos a los concretos peligros del estalinismo y del fascismo. El caso es que al cabo de todo lo dicho sobre manipulaciones, condicionamientos, maquiavelismos electrónicos, imperialismos innombrables y pesimismo estadístico, una cosa será cierta: no se quemarán libros en el mundo feliz de 1984, ni existirá la telepantalla, ni se transmitirán mensajes por altavoces infinitos. Al contrario, todo parece indicar que en 1984 el mito del Centro Emisor Unico saltará por los aires triturado en mil y una ofertas audiovisuales de variopinta procedencia gracias a la democratización de los sistemas de comunicación alternativos al hertziano: **videos**, televisión por cable, desarrollo de la telemática de uso casero, posibilidad de conectar los televisores, como terminales de ordenadores, a bancos de datos hasta ahora reservados a las minorías, reconversión inmediata de lo audiovisual en escritura, disponibilidad de toda la memoria del mundo con sólo pulsar un botón; la más vasta biblioteca que Borges alguno haya soñado. Una hipercompleja red de mensajes, historias, noticias, signos, sonidos, "spots", servicios, documentos o acontecimientos que acaso esté manipulada en un considerable tanto por ciento, pero que también permitirá el acceso de las masas a los anticuerpos emisores: un tinglado portador de las propias vacunas inmunizado.



LOS INFELICES SETENTA

ras. Una escenografía, en cualquier caso, que desdramatizará considerablemente el histórico y sagrado mito del poderío **monoteísta** de lo audiovisual tal y como hoy se enuncia y denuncia: esos **medios unidireccionales** que se transforman en **fin** en sí y para los USA.

(Y no estoy elaborando una perspectiva —prospectiva— optimista, sino señalando, de paso, que en la mayor parte de los análisis izquierdistas de los medios de comunicación es imprescindible manejar y combinar **todas las variables existentes** con el ánimo de evitar en lo posible la repetición ritual de las hermosas pero improbables imaginaciones de una literatura ya escrita y muy bien escrita: ni optimismo ni pesimismo, y lo que es más esencial en estos asuntos: ni mitologías genealógicas del progreso ni signos escatológicos de regresión: cambio de paradigma en la industria cultural.)

Fin del terror a lo audiovisual

Pero si la era de los ochenta va a suponer con toda certeza el acabamiento pacífico del **terror a lo audiovisual** por parte de los representantes de la cultura tradicional, el des-

tronamiento de los intelectuales luditas que se delatan manifestando pánico a las masas y a sus predilecciones sin vuelta de hoja (el imperio de los sentidos comunes, el **vedetariado** del instante y de lo universal, la tendencia hacia el máximo consumo, la ruina de la idea decimonónica de autor, la comercialidad también como criterio estético, la liquidación del discurso elitista en cualquiera de sus versiones conocidas, por simples ejemplos), la década de los setenta significó para este país el principio del fin de la llamada cultura "cult" por la irrupción incontenible, en todos los órdenes de lo cotidiano, de los **mass media** —**hechos de civilización**, que diría Mauss, ya comunes desde los años cincuenta en las demás sociedades industriales— y el surgimiento, en consecuencia, de un nuevo hecho cultural protagonizado por las masas.

La normalización histórica, el fin de la censura franquista, el acelerado reciclaje de los medios para homologarse por arte de mercado a situaciones de similar envergadura socioeconómica o la propia colonización de las distintas industrias culturales de los países capitalistas por el aumento progresivo de las tendencias a la universalización e instantaneidad de los mensajes —cuyo gran boom mundial coincide con el período a que me refiero—, entre otras muchas razones, articulan esta mutación trascendental en los hábitos cul-

turales a partir de la transición del franquismo a la democracia.

Se pueden idear muchas y muy ingeniosas metáforas para resumir esta década de los setenta, y en este turbio negocio andamos metidos unos cuantos esta última temporada, pero después de mucho pensarlo reconozco mi debilidad por la secuencia que cuenta la irrupción avasalladora de las masas profanas en las tradicionales y sagradas esferas de producción y circulación de mensajes hasta lograr la inversión del viejo esquema comunicacional. Brusco cambio de escenario en el hecho cultural español. Triunfo indiscutible de la cultura de masas sobre la llamada de **élites** o **superior**. Ruptura inmisericorde de los sistemas de jerarquías, estratificaciones, valores, dominios o lenguajes heredados del siglo XIX y que secretamente regían los **medios**. Hegemonía de las mayorías silenciosas sobre la confusa algarabía intelectual. Aceleración histórica que transforma en protagonistas a los segundones del relato, a los pasivos, a los manipulables por definición y explotación.

Basta observar los hechos para comprender inmediatamente que, a pesar de todo, algo ha ocurrido aquí. Basta establecer un elemental cuadro de correspondencias entre lo que se llevó el viento racheado de esta década y las nuevas tendencias del consumo de la industria cultural para entender el calibre de

esa crisis que todos nombramos con patética entonación, pero que jamás osamos pormenorizar, seguramente porque tememos asomarnos en lo que no es más que mortal espejo.

Los signos de la década

A la crisis irremediable del cine de autor español corresponde el renacimiento del cinematógrafo como fenómeno de muchedumbres: la era de los taquillajes fabulosos por las grandes superproducciones multinacionales consumidas a la vez en todo el mundo capitalista, y la era del descalabro de las producciones nacionales de calidad minoritaria. Hundimiento de la prensa política, de opinión, cultural y auge incontenible de las publicaciones sensacionalistas, amarillas, desclasadas. Ruina de la empresa editorial especializada en la publicación de literatura "cult" y cifras millonarias para los editores del libro de masas. Desaparición de la escena del escritor maldito y celebridad inmediata para el autor del **best-seller**. Desertización de las actividades académicas y florecimiento de la cultura marginal-universal. Ocaso de las sociedades filarmónicas y esplendor de los conciertos populares. Fin de la memoria colectiva y triunfo de la nostalgia imaginaria, delegada. Olvido de la noción de autor y vedetismo del intermediario cultural: el periodista susti-



tuye al artista, el relaciones públicas al intelectual, el moderador al autor, el presentador al presentado, la información a la creación, el cóctel del libro al contenido del libro, la publicidad a la textualidad. Ha sido, en fin, la década fantástica en la que el viaje se transforma en turismo, la alta costura en "prêt-à-porter", la religión interiorista en espectáculo planetario, las señas de identidad en folklore, la ideología en persecución, la política en elecciones, la filosofía en telegenia, el objeto en signo de distinción, la especialidad en divulgación, la ciencia en fascículos, El Quijote en dibujos animados, la novelaria decimonónica en serie televisiva, la eficacia industrial en "spots" y el éxito social en el poder de manipulación de los medios.

Lo demagógico sería ofrecer ahora los pares de oposiciones debidamente nombrados (Supermán/Érice, "Interviú"/Cuadernos para el diálogo", Lara/Barral, Forsythe/Benet, Los Pecos/López Cobos...), pero yo no estoy tratando de establecer un ranking de valores, sino de evidenciar lo más gráficamente posible el cambio de paradigma de la industria cultural española. Con todas las excepciones que se quieran, aunque mucho sospecho que el consumo masivo de una mercancía cultural, por mucha calidad intrínseca que tenga, también puede obedecer a las soberanas leyes de autorreconocimiento de las masas.

"Mass-medium"

Cambio de escenario, decía, del hecho cultural español: del mito decimonónico del incomprendido creador al rito multitudinario del consumo instantáneo y universal. Como dice Baudrillard, las masas no son el horror ni el nuevo Mesías, ni la razón de la obra en la Historia ni ese instinto que las devasta. Las masas "funcionan" ahora mismo sin atributo, sin predicado, sin calidad, sin referencia. Son un medium mucho más potente que todos los media tramados: las masas transforman espontáneamente las significaciones en signos, las ideas en imágenes y las formas en espectáculos.

Por eso es necesario entender de una vez por todas, y sin estúpidos dramatismos, que cuando la televisión "programa cultura" el telespectador no mira la cultura, sino el televisor. Y habría que hacer la misma distinción con todos los medios con el fin de evitar los espejismos y las especulaciones, las esperanzas infundadas y los terrores desenfundados.

Así pues: intrusión sin retorno de las masas en el hecho cultural español. Y ya digo, principio del fin de un modo apocalíptico de entender el esquema de la comunicación según aquellos modelos literarios, pero también, a la vez, crisis de la vieja noción de creación ermitaña, del cora-

zón solitario. Nuestro rasgo diferencial puede ser que esta inversión del modelo decimonónico ocurrió en esta década que ahora finaliza y de manera brutal, sin los necesarios signos de advertencia y por tal acontecimiento se explican buena parte de los lamentos penosos que se escuchan del lado del viejo escenario cultural —y eso que todavía estamos en plena prehistoria audiovisual, padeciendo las consecuencias, precisamente, de un Centro Emisor Unico controlado por cerebros programados en la era preindustrial— y ciertos desajustes románticos en el comportamiento de las masas. Nada que no se arregle naturalmente de aquí a 1984. ■ J. C.

Ciencia VIAJE A LOS DOS HEMISFERIOS

FELIPE MELLIZO

LA muerte de los años setenta somete a los periodistas a una infame tentación: consultar esos anuarios en los que se coleccionan las efemérides. Son esos libritos, impresos en tipos diminutos y en columnas farragosas, los equivalentes modernos a los arcaicos "Anales de Pascua", en los que anotaban los clérigos las fechas de las batallas y de las bodas reales para mojonar el tiempo y determinar la fecha gloriosa del Pentecostés. Al cabo de los años, lo que queda, de verdad, como rastro de las peri-

pecias humanas, es esa huella diminuta que el recopilador escribe con ejemplar laconismo: "Año 1211. Batalla de las Navas de Tolosa". Y ahí queda eso.

Así es que la consulta de los anales correspondientes a los setenta le tiene que dejar al lector perplejo, porque en el apartado "Ciencia y tecnología" no hay mojones. Los fallidos trasplantes de corazón fueron, por lo menos, un sangriento escándalo, pero pertenecen a los años sesenta, como el descubrimiento de los fulgurantes quasars, que sí que fue una cosa seria.

¿Nada ocurrió desde entonces?

Bueno, hay dos maneras de estimar "lo que pasa". Una, esa del amojonamiento —"1879. Edison inventa la bombilla"—, un sistema contable de carácter expresionista: uno tiene que entender el dato y comprender lo que fueron, de pronto, las ciudades encendidas. La otra manera es, precisamente, esa: conocer el minucioso proceso social de cambio que empezó a tener lugar cuando las ciudades se encendieron.

Y así en verdad, sí que los años setenta ofrecen pistas. ▶



China-Vietnam: primera guerra abierta entre países socialistas. Mujeres en favor del aborto, y Simone Veil, autora de la ley. La OPEP en Caracas: el petróleo se disparó. Nueva York, diciembre de 1979: el oro a 501 dólares la onza. Nuevas armas nucleares para Europa: un paso más hacia la guerra. ▶